

Índice

<i>Introducción</i>	15
POR LA BORDA	21
Un acertijo en la arena	21
Metamorfosis	24
Big Poppa.....	32
El mapa	37
LA PRIMERA CACERÍA	43
El corpulento Dr. E	43
La gran mancha de basura del Pacífico norte	48
Una monada de vecinos.....	61
El Pasaje Interior	63
En pleno rastreo del Pacífico	75
Cuac, cuac	82
Bahía del Desengaño	85
LA SEGUNDA CACERÍA.....	95
Una transición dura	95
Resurrection Bay	98
Premonición	122
Eureka	138
El indio lloroso	146
La resurrección de Chris Pallister.....	163
LA TERCERA CACERÍA.....	173
South Point.....	173

El capitán Moore.....	176
El vientre del albatros.....	182
En la zona de convergencia.....	187
La secuencia infinita del mar.....	195
La pasión del albatros.....	203
Plastic Beach.....	215
LA CUARTA CACERÍA.....	221
Red Magic.....	221
El ratón Joshua.....	235
Remontar el río Perla.....	237
El hombre del plástico.....	253
LA QUINTA CACERÍA.....	263
Un barco nada provechoso.....	263
Puerto de escala, Pusan. 35° 04' N, 129° 06' E.....	271
Mal tiempo. Noche. 35° 04' N - 129° 06' E.....	273
Naufragios. 38° 14' N - 134° 41' E.....	282
Claustrofobia. 43° 74' N - 149° 16' E.....	284
Cementerio del Pacífico. Al este de la línea internacional de cambio de fecha.....	289
Sin señalar en ningún mapa. 47° 6' N, 178° 1' E.....	292
Recalada. Atardecer. 48° 28' N - 124° 60' O.....	301
LA ÚLTIMA CACERÍA, PRIMERA PARTE.....	303
A través del estrecho de Bering.....	303
La oceanógrafa ciega.....	308
El misterio de las corrientes oceánicas.....	317
La arrogancia es mala cosa.....	322
Visión nocturna.....	330
Diario del globo.....	335
LA ÚLTIMA CACERÍA, SEGUNDA PARTE.....	345
El paso del Noroeste.....	345
El desconocido norte.....	354
El reino de los hielos.....	357
El sueño de Weyprecht.....	368
Romper los hielos.....	377

ÍNDICE

Resolute	383
Ataque en el Ártico	386
El sueño de Carmack.....	390
Paseo lunar.....	398
Se busca.....	402
<i>Epílogo</i>	413
<i>Agradecimientos</i>	421
<i>Notas</i>	425
<i>Bibliografía selecta</i>	445

Introducción

De entrada no sentía necesidad alguna de familiarizarme con los seis grados de libertad. Nunca había oído hablar de la gran mancha de basura del Pacífico norte. Me gustaba mi trabajo, amaba a mi mujer y solía estar de acuerdo con Emerson en que viajar es el paraíso del insensato. Mi única intención era entender qué había pasado, adónde habían ido a parar los muñecos y por qué. Me fascinó la historia aquella de los contenedores caídos de un barco, lo de los oceanógrafos que seguían la pista a los juguetes náufragos con la ayuda de personas que rastreaban playas remotas. Me encantó sobre todo la historia de los patitos de goma que cruzaban el Atlántico y llegaban alegremente a sitios a los que en otros tiempos habían accedido los exploradores con orgullo y habían pasado penurias.

De entrada no tenía ninguna intención de hacer lo que acabé haciendo: dejar mi trabajo, despedirme de mi mujer con un beso y dedicarme a deambular por el hemisferio norte a bordo de todo tipo de embarcaciones. Nunca esperé sumarme a la tripulación de un catamarán de quince metros capitaneado por un carismático ecologista, el Ahab de los cazadores de plásticos, que tenía la bonita costumbre de exterminar las moscas que sobrevolaban su provisión de fruta ecológica absorbiéndolas en pleno vuelo con un aspirador.

Lo cierto es que nunca me imaginé que atravesaría el paso del Noroeste a bordo de un rompehielos canadiense en compañía de científicos que investigaban el cambio climático en el Ártico y de un equipo de rodaje cuyos componentes iban vestidos como si fuesen de expedición al ficticio planeta helado Hoth*. Ni tampoco que

* [N. del T.]: Planeta ficticio donde se desarrolla el principio de *El imperio contraataca*, de la Saga *Star Wars*.

cruzaría el cementerio del Pacífico en un buque portacontenedores en plena estación de temporales invernales. Ni que navegaría en un ferri rápido a través de las aguas negras, neblinosas e industriales del delta del río Perla, en China, donde, en el interior de la fábrica de plásticos Po Sing, iba a ser testigo de la transmutación de unos gránulos amarillos de resina de polietileno en iconos de la infancia.

Nunca le había dedicado un minuto de atención a los apuros que pasa el albatros de Laysan. Al no haber estudiado nunca química orgánica, no tenía ni idea de —y, por tanto, no me preocupaba— que el plástico pelágico tiene una peculiar tendencia a adsorber toxinas hidrófobas, lipófilas y polisilábicas como el diclorodifenil-tricloroetano (alias DDT) o los bifenilos policlorados (alias PCB). Tampoco sabía, ni me preocupaba, que esas toxinas son sorprendentemente abundantes en la superficie del océano, ni que se bioacumulan a lo largo de la cadena alimentaria. Para ser sincero, no sabía qué significaban «pelágico» o «adsorber», y en caso de que me hubiesen pedido que usara «lipófilo» e «hidrófobo» en una frase, habría aplicado esos epítetos a alguien con problemas de peso y pavor a morir ahogado.

Si me hubieran pedido que definiese «seis grados de libertad», habría dado por sentado que tenía algo que ver con la filosofía existencialista o la legislación constitucional. Ahora, años más tarde, lo sé: los seis grados de libertad —¡deliciosa expresión!— son el nombre que dan los constructores navales a los seis distintos tipos de movimientos que realiza una embarcación flotante. Ahora no sólo soy capaz de nombrarlos y definirlos, sino que los he experimentado en mis propias carnes. Una noche, sin apenas haber dormido y casi deshecho, con vientos de treinta y cinco nudos y olas de cuatro metros, me vi mecido con cariño por los seis movimientos —traslaciones y giros de arriba abajo, hacia delante y hacia atrás, a izquierda y a derecha, como los que daría un libertino ebrio— y, después de enfundarme un arnés de seguridad y ayudar a arriar la vela mayor, llegué oscilando, girando y balanceándome como un borracho hasta la proa, donde, encorvado, descargué mi cena en un cubo.

De entrada creí que me dedicaría a entrevistar a oceanógrafos, a hablar con unos cuantos rastreadores de playas, a leer acerca de las corrientes marinas y de la geografía del Ártico, para después escribir una crónica sobre el increíble viaje de los juguetes de baño perdidos en el mar, un relato más pormenorizado

y ameno que aquellos tan prometedores pero breves comentarios que habían aparecido con anterioridad en la prensa. Y todo eso lo iba a hacer, supuestamente, sin tener que abandonar mi mesa de trabajo, para así asegurarme de estar presente en el nacimiento de mi primer hijo.

Pero las preguntas, tal como he aprendido desde entonces, pueden ser como las corrientes oceánicas. Si te adentras demasiado en ellas, te pueden arrastrar muy lejos. Si sigues una línea de investigación, ésta te llevará hasta otra y luego a otra. Si descubres un patito amarillo posado sobre las algas en la línea de la marea y te preguntas de dónde habrá venido, acto seguido te encontrarás en alta mar, sin tierra a la vista, y bracearás entre misterios de seis kilómetros de profundidad. Te preguntarás cuándo y por qué los patos se convirtieron en iconos de la infancia. Querrás saber cómo son por dentro las fábricas de juguetes de Guangdong. Te sobrecogerá la magnitud del impacto que ejerce la humanidad sobre el globo terráqueo y la escala oceánica de tu ignorancia. Dedicarás muchos minutos de reflexión a la situación del albatros de Laysan.

Y acto seguido te encontrarás en mitad de la noche en la cubierta de un carguero post-Panamax rumbo al sur de la isla del archipiélago de las Aleutianas donde, en 1741, después de un naufragio, Vitus Bering moría de hambre y enfermo de escorbuto. Los vientos soplan con fuerza 8-9. El agua es profunda y negra, igual que el cielo. Nieva. La cubierta está resbaladiza. Te duelen las orejas, no sientes los dedos. Al pasaje se le prohíbe de forma estricta pasear de noche y a solas por las cubiertas exteriores, con toda la razón. Si te caes por la borda, nadie te echará en falta. Sin embargo, ahí estás, todavía vivo, y levantas la vista hacia las seis hileras de contenedores que se apilan por encima tu cabeza y ves cómo de éstos se desprenden cataratas de nieve fundida y agua de lluvia que te salpican al caer. Ahí estás, escuchas los gemidos y crujidos de los contenedores al tensarse sus anclajes y amarres, ves cómo arrojan agua con cada balanceo y, con cada balanceo, te preguntas, en el nombre de Neptuno, qué tendría que ocurrir para que esas pilas de contenedores de acero —o, en su caso, de aluminio— se desmoronen.

O estarás aprendiendo a hacer un nudo de as de guía y a dar las gracias en inuktikut y en cantonés. O un chico inuit de lampiñez congénita, llamado Puglik, con los pantalones del chándal metidos

en unas zapatillas de deporte dos tallas demasiado grandes y la capucha de la sudadera formando un óvalo ceñido alrededor de su redondo rostro, te estará guiando a través de la tundra bajo el sol de medianoche. Te cuenta qué videojuegos le gustaría comprarse, te señala el sitio donde están enterrados sus ancestros y diserta sobre la superioridad de los huevos de ganso respecto a los de colimbo, que tienen demasiado sabor a pescado para su gusto.

O pasarás tres días con sus noches en un decrepito hotel en Pusan, Corea del Sur, mientras esperas la llegada de tu barco en una miserable habitación equipada con zapatillas cortesía de la casa y con vistas, también cortesía de la casa, a una peluquería canina para caniches, preguntándote en qué demonios estarías pensando cuando se te ocurrió embarcarte en este desquiciado viaje, en esta cacería de patitos salvajes, mientras bebes whisky escocés y contemplas con nostalgia fotos de tu mujer y tu hijo en el portátil, una mujer y un hijo que, al otro lado del planeta, en el extremo más alejado de la línea internacional de cambio de fecha, estarán haciendo, sintiendo y bebiendo Dios sabe qué. Lo más probable es que no sea whisky. Y rememoras aquella escena del final de *Moby Dick* en la que Starbuck, hombre de familia y primer oficial del *Pequod*, trata en vano de convencer al loco Ahab de que abandone su condenada búsqueda: «¡No vaya, venga conmigo!», suplica Starbuck, «¡Huyamos de estas aguas mortales! ¡Volvamos a casa!».

Y, nostálgico, soñarás con tu anterior vida de pizarras, de Emily Dickinson y de reuniones con los padres de tus alumnos, y desearás volver a ella, desearás no haber contactado nunca con el corpulento Dr. E, no haber descubierto lo que es la gran mancha de basura del Pacífico norte, no haber conocido al capitán Ahab de los cazadores de plásticos, ni tampoco al conservacionista desconsolado, al rastreador de playas malhablado o a la oceanógrafa ciega... a ninguno de ellos. Desearás no haber dado nunca a Big Poppa la ocasión de escribir sobre su pato de la suerte, porque si no lo hubieses hecho, nunca te habrías enterado de la fábula de los patos de goma perdidos en el mar. Seguirías enseñando *Moby Dick* a adolescentes estadounidenses. Pero eso es lo que tienen las corrientes fuertes: no se puede nadar contra ellas.

Y, sin apenas darte cuenta, habrán pasado los años y seguirás a la deriva, esperando todavía saber adónde te han de llevar las preguntas. Al menos eso es lo que ocurre cuando uno es un apren-

INTRODUCCIÓN

diz de arqueólogo de lo ordinario, un profesor de escuela miope con una mujer comprensiva y sufridora, y una imaginación de mozalbete, y le llega por correo un sobre de papel manila, y dentro del sobre encuentra una docena de números atrasados de un boletín de noticias impreso en papel barato, y en uno de esos boletines descubre un maravilloso mapa... Cuando, en otras palabras, ese tipo eres tú.

Por la borda

«... se abrieron de par en par las grandes compuertas
del mundo de las maravillas...».

Moby Dick

UN ACERTIJO EN LA ARENA

Sabemos dónde se produjo el incidente: 44,7° N - 178,1° E, al sur de las Aleutianas, cerca de la línea internacional de cambio de fecha, en las tempestuosas latitudes de lo que en la época dorada de la navegación se conocía como el cementerio del Pacífico, justo al norte de lo que los oceanógrafos, que por lo general son mucho menos poéticos que aquellos marinos de entonces, denominan el frente subártico. Conocemos la fecha: 10 de enero de 1992, pero no la hora.

La identidad del buque se mantuvo durante años en secreto, pero al consultar antiguas rutas de las compañías navieras que fueron publicadas en el *Journal of Commerce* y que se han conservado en forma de rayados carretes de microfilm almacenados en un sótano, y ayudándonos de un procedimiento de eliminación, hemos logrado resolver este acertijo: el barco era el *Ever Laurel*, propiedad de la naviera griega Technomar Shipping y operado por la taiwanesa Evergreen Marine Corporation, cuyos contenedores verde pino pueden verse en los puertos de todo el mundo, rotulados con el curioso y selvático nombre de la empresa en grandes letras blancas. No obstante, no se han conservado en esos microfilmes las identidades de sus oficiales y su tripulación, y menos aún sus recuerdos

de lo que sucedió aquel día o aquella noche de tormenta; si todavía existe el cuaderno de bitácora de aquel viaje, habrá sido clasificado como secreto y guardado en algún archivo corporativo, abocado, a todos los efectos, al olvido.

Sabemos que el buque partió de Hong Kong el 6 de enero, que arribó al puerto de Tacoma el 16 de enero, con un día de retraso, y que la causa más probable de ese retraso fue el mal tiempo. Seguimos sin saber con exactitud cuán malo fue el tiempo que hizo. Aunque sí lo envió otros días, el 10 de enero el *Ever Laurel* no mandó por fax su informe meteorológico al National Weather Service de Washington DC, pero a la mañana siguiente un buque que se hallaba cerca sí avisó de la presencia de vientos huracanados y oleaje de más de diez metros. Si el *Ever Laurel* se encontró con tales condiciones atmosféricas, podemos imaginar, aunque sea vagamente, lo que aconteció: pese a su imponente, azotado por olas grandes como edificios de varias plantas, el colosal buque —un almacén flotante de veintiocho mil novecientos cuatro toneladas de peso muerto impulsadas por un motor diésel del tamaño de un granero— se habría balanceado, habría cabeceado y habría dado bandazos como un juguete en un jacuzzi.

En determinado momento, en un bandazo bastante fuerte, dos columnas de seis contenedores que se hallaban apiladas sobre cubierta se soltaron de sus sujeciones de acero y cayeron por la borda. Podemos imaginar a la perfección la tremenda salpicadura que debieron causar, como la que produciría un tren si lo precipitásemos al mar desde un acantilado. Sabemos que cada uno de los doce contenedores tenía unas dimensiones de dos metros y medio de ancho por seis o doce metros de largo y que al menos uno de ellos —tal vez al colisionar contra otro o quizás al chocar contra la borda del barco— reventó o se abrió al caer.

Sabemos que al entrar el agua a borbotones en su interior y hundirse, docenas de cajas de cartón salieron a flote a la superficie; que una a una acabaron también abriéndose y descargando miles de pequeños paquetes al mar; que los paquetes estaban compuestos por una cubierta de plástico transparente encolada sobre un cartón; que cada uno de esos paquetes contenía cuatro animales huecos de plástico —un castor rojo, una tortuga azul, una rana verde y un pato amarillo— de unos siete centímetros y medio de largo cada uno; y que en el cartón, impreso en letras de colores y compuesto en una fuente tipográfica redondeada e infantil, apa-

recía el texto: THE FIRST YEARS. FLOATEES. FLOTAN EN LA BAÑERA O EN LA PISCINA. JUEGA Y DESCUBRE. FABRICADOS EN CHINA. APTOS PARA LAVAVAJILLAS.

Vistos desde un avión que volase a baja altura en un día claro, los paquetes habrían parecido confeti, una gran marea de cuadraditos de colores a la deriva que iban emergiendo como a cámara lenta entre el oleaje. En menos de veinticuatro horas el agua habría disuelto la cola. La acción de las olas habría separado el cartón del plástico. Y allí, en aguas de casi diez kilómetros de profundidad, a más de quinientas millas al sur de la isla Attu, situada en el extremo occidental del archipiélago de las Aleutianas, a más de mil millas al este de Hokkaido, el punto más septentrional de Japón, y a más de dos mil millas al oeste de la ciudad isleña de Sitka, en Alaska, veintiocho mil ochocientos animales de plástico salidos de las fábricas chinas y con destino a las bañeras de Estados Unidos —siete mil doscientos castores rojos, siete mil doscientas ranas verdes, siete mil doscientas tortugas azules y siete mil doscientos patos amarillos— salieron de su cascarón de plástico y quedaron flotando a la deriva.

Once años más tarde, a diez mil millas y muchas circunvoluciones al este, una rastreadora de playas de nombre Bethe Hagens y su novio, Waynn Welton, descubrieron algo pequeño y brillante posado sobre un montón de algas en el extremo suroeste de Gooch's Beach, cerca de la bocana del puerto de Kennebunk, en Maine. Su cuerpo tenía más o menos la forma y el tamaño de una pastilla de jabón y su cabeza las dimensiones de una pelota de ping-pong. Welton se agachó y lo recogió. En la panza llevaba grabado en relieve el nombre de una marca: The First Years. El plástico estaba «blanco, increíblemente descolorido y muy desgastado», recordaría más tarde Hagens. Welton no lo recordaba de ese modo. El pato seguía siendo amarillo, insistió. «Algunas partes habían empezado a decolorarse», afirmó. «Pero no demasiado. Fuera lo que fuese lo que hubieran utilizado para teñir el plástico, había aguantado bastante bien».

En este desacuerdo hay mucho en juego. Si era blanco, el pato que encontraron Hagens y Welton bien podría haber sido uno de los siete mil doscientos que se perdieron en el Pacífico norte. Si era amarillo, no debía de ser sino un producto de la imaginación, un fantasma, un fuego fatuo. Para poner las cosas aún más difíciles, la empresa The First Years ya había dejado para entonces de producir los floatees y los había sustituido por un único Floaty Ducky («patito flotante») que lucía también el logo de la empresa. Amarillo

o blanco, el animalito tenía todo el aspecto de haber cruzado el océano, en eso sí estaban de acuerdo Hagens y Welton. Tenía su gracia imaginarlo: un pato solitario cruzando a la deriva el Atlántico, como algo salido de un cuento de hadas o un libro infantil. Gracioso pero descabellado. «Todavía había niños jugando en la playa», recordaba Welton. «Vale, pensé, algún niño habrá perdido su juguete y volverá a por él». Prudentemente, Hagens y él dejaron el muñeco donde lo habían encontrado y continuaron con su paseo.

METAMORFOSIS

Los anuncios clasificados de la edición del 14 de julio de 1993 del *Sitka Daily Sentinel* no constituyen una lectura muy amena, aunque sí transmiten en cierta medida cómo es el verano en las provincias costeras de Alaska. Aquella semana el bar Tenakee Tavern, «en Tenakee», aceptaba solicitudes «para camareros simpáticos». La empresa Baranof Berry Patch compraba todo tipo de bayas: «arándanos, fresas silvestres, frambuesas». El National Marine Fisheries Service anunciaba que los ganadores del 1992 Sablefish Tag Recovery Drawing, un certamen anual celebrado para fomentar la notificación de capturas y el etiquetaje de ejemplares de mero, se harían públicos a la una del mediodía del 19 de julio en el Auke Bay Laboratory. «¿Cansada de afeitarte a cuchilla, de la depilación y de la cera?», preguntaba Jolene Gerard mientras trataba de atraer a las hirsutas pobladoras del Panhandle de Alaska (una región conocida por los habitantes de la zona como «el sureste») con la promesa de una «eliminación permanente del vello». Y allí, bajo el genérico titular de «Anuncios», entre «Servicios de empresas» y «Venta de barcos», aparecía un curioso anuncio por palabras.

CUALQUIERA que haya encontrado animales de plástico de juguete en las playas del sureste, por favor, llame al *Sentinel*, 747-3219.

El autor del anuncio era Eben Punderson, por entonces profesor de lengua en un instituto y pluriempleado como periodista pero que tiempo después llegó a ejercer de abogado en una zona rural de Vermont. El día de Acción de Gracias de 1992, un grupo de rastreadores de playas que paseaban por la isla de Chichagof había dado con

varias docenas de animales huecos de plástico entre el habitual amasijo de tapones de botella, aparejos de pesca y maderas que una reciente tormenta había depositado a lo largo de la línea de la marea. Después de pasar diez meses en el mar, los patos se habían blanqueado y los castores habían amarilleado, pero las ranas eran igual de verdes que siempre y las tortugas seguían siendo azules.

Con la nueva llegada del verano eran muchos los rastreadores que andaban al raque por las playas y que encontraron muñecos tanto en la costa de barlovento de Chichagof como en la de otras islas próximas a Sitka, cientos de ellos: ranas medio enterradas entre los guijarros, castores posados sobre maderas de deriva, tortugas enredadas entre marañas de redes de pesca y patos que habían sido empujados más allá de la línea de las mareas hasta donde crecían las matas de adelfilla con sus flores púrpura. Andar al raque por las playas salvajes de Alaska había empezado a parecerse a una búsqueda de huevos de Pascua. Un juego propio de una fiesta infantil. Cuatro animales, cada uno de un color distinto, desperdigados como por ensalmo por las olas: ¡A coleccionarlos!

Laurie Lee, de la isla de South Baranof, llenó una chalupa que no se usaba con el aluvión de juguetes que llegó a reunir. Signe Wilson llenó una bañera de hidromasaje. Betsy Knudson reunió tantos que empezó a dárselos a su perro. Al parecer, hasta las nutrias del estrecho de Sitka los recolectaban: uno de los juguetes fue rescatado de la madriguera de una nutria de río. En un mismo paseo, cuando rastreaba la playa con unos amigos, Mary Stensvold, una botánica del Tongass National Forest que de manera habitual dedicaba su tiempo a ir a la caza de especímenes de plantas hepáticas, recogió cuarenta animales de plástico. Corrió la voz sobre la invasión. Decenas de informadores respondieron al anuncio del *Sentinel*. Se habían hallado muñecos en puntos tan septentrionales como la isla Kayak y tan meridionales como la isla Coronation, una línea costera que se extendía a lo largo de miles de kilómetros. ¿De dónde habían salido?

Eben Punderson estaba bastante seguro de saberlo. Tres años antes, en mayo de 1990, un carguero que iba rumbo al este, el *Hansa Carrier*, se topó con una tormenta a cien millas al sur de la península de Alaska. Varios contenedores cayeron por la borda, entre ellos un cargamento de ochenta mil zapatillas Nike. Cinco meses después empezaron a aparecer zapatillas deportivas en las orillas de la isla de Vancouver. La historia acaparó la atención a ni-

vel nacional después de que un par de oceanógrafos de Seattle —James Ingraham, de la National Oceanographic and Atmospheric Administration (NOAA), y Curtis Ebbesmeyer, científico y director de una consultoría privada que asesoraba sobre los riesgos e impactos medioambientales de proyectos de ingeniería (fugas de aguas residuales, plataformas petrolíferas)— convirtiesen el vertido de zapatillas deportivas en un experimento oceanográfico accidental. Tras introducir las coordenadas proporcionadas por los rastreadores de playas en el simulador de corrientes marinas OSCURS (Ocean Surface Current Simulator) de la NOAA, un sistema informático de generación de modelos desarrollado a partir de los datos meteorológicos recopilados por la marina estadounidense durante un siglo, Ebbesmeyer e Ingraham lograron reconstruir las rutas de deriva de unas doscientas zapatillas. Durante ese proceso el sótano del bungalow de Ebbesmeyer se transformó en la agencia central de inteligencia de lo que acabaría por convertirse en una red global de informadores costeros. Si alguien sabía alguna cosa de la plaga de animalitos de plástico, ese tenía que ser Ebbesmeyer, pero cuando el reportero a tiempo parcial del *Sentinel* contactó con él en el verano de 1993, resultó que era la primera vez que el oceanógrafo oía hablar de los juguetes en cuestión.

Punderson tenía otra pista más que seguir. Los patos —y, por alguna razón, sólo los patos— llevaban grabado en relieve el logo de su fabricante, The First Years. En la juguetería local no fueron capaces de encontrar el logotipo en sus catálogos de proveedores, pero el director de la biblioteca del Sheldon Jackson College siguió la pista de la marca hasta dar con su empresa matriz, Kiddie Products, con sede en Avro, Massachusetts. Punderson habló con el director de *marketing* de la empresa, quien, con cierta reticencia, confirmó las especulaciones del periodista. Sí, era verdad que un cargamento de floatees se había perdido en el mar. «Resuelto el misterio de los juguetes de baño errantes», tituló el *Sentinel* en su sección «Fin de semana» un mes después de la aparición del anuncio por palabras de Punderson. Y así es como habría concluido la historia, como una anécdota entretenida en las últimas páginas de un periódico de provincias. Misterio resuelto. Caso cerrado. Pero entonces ocurrió algo inesperado. La historia siguió su curso.

La historia siguió adelante, en parte porque Ebbesmeyer y sus rastreadores de playas se sumaron a la cacería y en parte porque los propios juguetes siguieron apareciendo. Años más tarde seguían aflo-

rando nuevos especímenes y nuevos misterios. En el otoño de 1993 empezaron a aparecer de repente floatees diseminados por las playas de Shemya, una pequeña isla de las Aleutianas que se halla mil quinientas millas más cerca de Siberia que de Sitka, no muy lejos de donde se produjo el vertido en origen. En 1995 unos rastreadores de playas del estado de Washington encontraron una tortuga azul y un pato blanqueado por el sol. Dean y Tyler Orbison, padre e hijo, que cada verano se dedicaban a rastrear las playas de las islas despobladas de la costa de Alaska, fueron agregando año a año más juguetes a su colección: docenas de ellos en 1993, tres en 1993, veinticinco en 1994, hasta que, en 1995, no encontraron ninguno. La sequía se prolongó durante todo 1996 y los Orbison dieron por sentado que ya no iban a ver más animalitos de plástico. Pero entonces, en 1997, los juguetes volvieron a aparecer en grandes cantidades.

Pero aún faltaban miles de ellos. ¿Adónde habían ido a parar? ¿Al Ártico? ¿Al mundo entero? ¿Seguían estando ahí, arrastrados por las corrientes del Pacífico norte? ¿O yacían enterrados debajo de las algas y la arena a lo largo de las costas salvajes y escasamente pobladas de Alaska? ¿O vencidos por los elementos —las temperaturas gélidas, el azote constante del oleaje, la exposición prolongada al sol— habían acabado por agrietarse, llenarse de agua y hundirse? Los veintiocho mil ochocientos juguetes habían emergido a la superficie desde el contenedor hundido en una misma hectárea de agua. Cada uno de los miembros de las cuatro especies era idéntico a los demás: cada pato pesaba lo mismo que los otros patos, cada rana tenía el mismo grosor que las demás y cada uno de los castores era igual de aerodinámico que el resto. Y, sin embargo, una tortuga acabó en la bañera de Signe Wilson, otra en las fauces del labrador de Betsy Knudson y otra más en la madriguera de una nutria, mientras que una cuarta tortuga había llegado flotando casi hasta Rusia y una quinta viajó hasta más al sur del estrecho de Puget. ¿Por qué? ¿Qué intrincado cálculo de causas y efectos podía explicar —o predecir— tan dispares destinos?

También se dieron otros motivos que hicieron que la historia de los juguetes siguiera adelante, motivos que no tenían nada que ver con la oceanografía sino más bien con la imaginación humana, que puede ser tan poderosa e inescrutable como el propio mar. Al tratar de comprender aquellos caóticos datos y al seguir el hilo ligeramente enredado de la historia hasta sus fuentes Eben Punder-son había vuelto a poner a la deriva a aquellos animales de plástico,

no sobre las aguas del Pacífico norte, sino en las corrientes de la información. Associated Press se hizo eco de la historia publicada en el *Sitka Daily Sentinel* y con más rapidez que las corrientes marinas arrastró a los juguetes náufragos por todo el planeta.

Los floatees hicieron breves apariciones en el diario *The Guardian* y en la revista *The New York Times Magazine*, además de una aparición considerablemente más extensa en *The Smithsonian*. Como los salmones migratorios, reaparecían casi en cada estación en las páginas de la revista infantil *Scholastic News*, que ha informado en diversas ocasiones sobre esta historia. Fueron avistados en los bajíos de la revista *People* y de la cadena MSNBC, así como en los charcos dejados por la marea en el programa *All Things Considered*. Se arremolinaron por los sumideros de Internet y emergieron bamboleándose en lagunas tan exóticas como un boletín de noticias para coleccionistas de sellos postales con imágenes de patos, un libro de texto para estudiantes universitarios de oceanografía o una revista sectorial para fabricantes de piscinas.

Todos estos periplos dieron lugar a curiosos cambios. Puede que los juguetes fuesen aptos para el lavavajillas, pero lo cierto es que no lo eran a prueba de los medios de comunicación. Para cuando aparecieron en mi vida y mi imaginación, una noche de invierno de hace varios años, los animales de plástico que habían caído al mar en 1992 eran ya apenas reconocibles. Para empezar, el plástico había pasado a ser goma. Y para seguir, los castores, ranas y tortugas habían pasado a ser todos patos. El día en que Eben Punderson publicó su insólito anuncio en las páginas del *Sitka Daily Sentinel* dio comienzo una metamorfosis, la metamorfosis de la circunstancia casual que lleva a la narrativa y de ésta a la fábula: la fábula de los patitos de goma perdidos en el mar.

Al otro lado del océano, en una fábrica de juguetes de ladrillo rojo, una mujer caucasiana de tez rosada ataviada con un vestido rojo y un hombre de raza indefinida vestido con una camisa azul celeste trabajan codo con codo en una cadena de montaje. De una máquina gris emergen, uno a uno, patos de goma, con los picos amarillos y sin pupilas en sus ojos blancos, que caen en una cinta transportadora. *Chucu-chucu-chú*, hace la máquina de patos de goma. A medida que pasan los patos, la mujer del vestido rojo les pinta el pico de color rojo con un pincelito. El hombre de la camisa azul celeste les pinta los ojos de color azul celeste. Es hermoso este país sin nombre que está al otro lado del mar. Alrededor de la fábrica

crece la verde hierba. Un camión de color verde hierba transporta los patos a un barco amarrado cuyo nombre es *Bobbie*. Y el *Bobbie* zarpa traqueteando, cargado con cinco cajas de cartón, a través de un mar azul verdoso, y deja un penacho de humo blanco tras de sí. En el cielo sonríe un enorme sol del color de un patito de goma. Entonces se desencadena una tormenta. Crecen las olas. El *Bobbie* va dando bandazos. El capitán, con su barba blanca, grita y agita los brazos por un ojo de buey. Una caja de cartón cae por la borda. Se desperdigan los patos como cuando revienta una piñata. Poco a poco, van flotando a la deriva en distintas direcciones. Uno retoza con un delfín moteado. Un segundo pato es objeto de la mirada golosa de una foca morada en un mar de color verde lima. Un oso polar montado sobre un témpano de hielo se merienda con los ojos a un tercero. Y así van pasando los días y cada pato se topa con un pintoresco animal distinto: un flamenco, un pelícano, una tortuga marina, un pulpo, una gaviota, una ballena. Y, por fin, con quién podría encontrarse un patito de goma sino con una familia de patos de verdad... «¡Cuac!», dice la mamá pato. «¡Cuac! ¡Cuac! ¡Cuac!», responden los patitos. «¡Ñic!», dice el pato de goma. Así termina el cuento *Diez patitos de goma*, de Eric Carle.

El libro ilustrado de Carle se inspiró —algo que quizás era inevitable— en uno de los muchos artículos que aparecieron en la prensa después de que Ebbesmeyer pusiera en alerta a los rastreadores de playas de Nueva Inglaterra. Después de cruzar el Atlántico, de haber flotado a la deriva hacia el sur con la corriente de Labrador, a lo largo de la agreste costa de Terranova, superando Nueva Escocia y el Gran Banco, para el verano de 2003 unos cuantos floatees lograrían alcanzar la costa oriental de Estados Unidos, predijo el clarividente oceanógrafo. Un publicista espabilado de *The First Years*, oliéndose la oportunidad de incrementar las ventas, emitió una nota de prensa ofreciendo una recompensa: *The First Years* entregaría un bono del Estado de Estados Unidos por valor de cien dólares a cualquiera que encontrase uno de los juguetes náufragos en alguna de las playas de la Costa Este. Por todo el frente marítimo de Massachusetts y Maine, la gente se lanzó a la caza. Como suele ocurrir, aquello tenía una pega, mejor dicho, dos: 1) para reclamar la recompensa, los buscadores afortunados debían aportar la prueba y 2) Ebbesmeyer debía confirmar que se trataba de un ejemplar auténtico. Tal como se esperaba, la nota de prensa suscitó una avalancha de atención mediática. De nuevo, medios

informativos grandes y pequeños dieron cobertura a la «saga de los patos de goma», como la bautizó ese verano el *Montreal Gazette*.

Un recorte del artículo con el que se topó Carle, arrancado de un medio no identificado, acompaña la nota del autor que aparece en el libro:

Patos de goma perdidos en el mar

En 1992 un cargamento de veintinueve mil juguetes de goma para la bañera, entre los que había patos, castores, tortugas y ranas, se precipitó por la borda desde un buque portacontenedores.

Algunos de estos muñecos de goma han acabado arrastrados hasta las playas de Alaska, mientras que otros se han abierto camino a través del estrecho de Bering, sorteando icebergs y recorriendo la costa septentrional de Groenlandia hasta adentrarse en el océano Atlántico.

«No pude resistirme a escribir una historia a partir de este recorte de periódico», explica Carle en su nota. «Espero que mi historia os guste». Es difícil que a uno no le guste *Diez patitos de goma*, con esas hermosas ilustraciones, mezcla de pintura y recortes de papel, tan características de Carle. Los estudios demuestran que los colores primarios, los rostros sonrientes y los simpáticos animalitos que pueblan los libros de Carle —de los que el patito de goma puede considerarse la máxima expresión— tienen el poder casi narcótico de provocar una sensación de alegría en el cerebro humano. La metamorfosis iniciada en las páginas del *Sitka Daily Sentinel* se acabó de completar gracias al libro de Carle: la fábula había encontrado al fin a su Esopo.

No cuesta entender por qué a Carle le pareció irresistible aquella historia. Se trataba de una historia increíble, fabulosa, del tipo de anécdota que podría aparecer en la serie *Ripley's Believe It or Not*,

de las que te hacen exclamar «¡Quién lo hubiese dicho!» o menear la cabeza con incredulidad, de esas que causan furor cuando las cuentas en una fiesta o que se emiten a modo de cierre simpático y desenfadado en los telediarios de la noche... o de las que inspiran un libro ilustrado infantil.

Si uno se pasa por la sección infantil de cualquier librería encontrará decenas o posiblemente cientos de historias sobre objetos inanimados que cobran vida por arte de magia o que emprenden viajes increíbles. De hecho, esas historias son tan habituales que constituyen un género por sí solas: la literatura *It*^{*}, como la han denominado algunos estudiosos. Se me ocurre pensar en *Pinocho*. O en *El conejo de terciopelo*. O en el osito Winnie the Pooh. O en el inverosímil superventas del siglo XVIII *The Adventures of a Pincushion*. La historia de este subgénero a la que más se parece la aventura de los patos náufragos seguramente sea *Paddle to the Sea*, de Holling Clancy Holling, libro ganador de la Medalla Caldecott en 1941 en el que un niño que vive en las tierras salvajes de Canadá talla en madera a un indio en su canoa, la lleva hasta lo alto de una montaña cercana y la deposita sobre un montón de nieve. «El espíritu del sol dirigirá su mirada a la nieve», dice el niño. «La nieve se fundirá y el agua correrá ladera abajo hasta el río, seguirá su curso hasta los Grandes Lagos y de ahí hasta llegar al mar. Tú surcarás las aguas y correrás las aventuras que yo quisiera vivir».

Lo que diferencia a *Paddle to the Sea* de la mayoría de las demás obras de este género es su realismo escrupuloso; tanto es así que el libro no parece de ficción. Carle, por el contrario, siempre ha preferido la alegoría al realismo. Tomemos, por ejemplo, *La pequeña oruga glotona*, su libro más conocido, cuya protagonista, una larva viscosa con ojos que parecen piruletas de fresa, es la encarnación entomológica del apetito infantil. Nace un domingo, se atiborra a comer durante una semana y el domingo siguiente, arrepentida de sus excesos, sólo mordisquea con remordimientos una hoja. En recompensa —abracadabra— se metamorfosea en una mariposa, una angelical mariposa. Se trata de una alegoría cristiana con la que los niños estadounidenses pueden sentirse identificados, una alegoría sobre el abuso desmedido: Carle podría haber titulado su libro *La oruga pródiga* o *El progreso de la oruga*.

* [N. del T.]: En inglés *It Narrative*, la «ficción de objetos personificados» designa un subgénero literario reciente de la literatura norteamericana e inglesa.

En *Diez patitos de goma*, por otra parte, no hay opciones, no hay consecuencias. Sólo interviene el azar. La imaginación humana es animista por naturaleza, es capaz de dar vida hasta a un alfiletero. Pero los diez patitos de goma idénticos de Carle no dejan de ser inanimados: psicológicamente vacíos, carentes de rasgos distintivos, de apetitos, emociones o encanto. Arrastrados por las corrientes marinas en lugar de por los caprichos del deseo, se mueven con pasividad a la deriva, sin que sus expresiones faciales se vean jamás alteradas.

BIG POPPA

Unos meses antes de que el libro de Carle hiciera su aparición en los anaqueles de las librerías me topé con la leyenda de los patos de goma desperdigados por el mar, no en un reportaje de un periódico sino en un trabajo de uno de mis alumnos. Una noche, ya tarde, después de que Beth, mi mujer, se hubiese acostado y cuando ya quedaban pocas ventanas iluminadas en el edificio de enfrente, me quedé levantado corrigiendo trabajos de clase, como suelo hacer. Me dedico a enseñar a adolescentes estadounidenses el tipo de novelas, poemas y obras teatrales que se suelen prescribir como remedios para la escasa capacidad de atención y la atrofia del vocabulario: *Hamlet*, *Sus ojos miraban a Dios* u *Hojas de hierba*, por ejemplo. Y por lo general los trabajos que suelo corregir son los típicos ensayos que los profesores piden a los adolescentes estadounidenses: cinco o seis párrafos acerca del papel de la profecía en *Macbeth* o sobre el recurso de los muros en *Bartleby, el escribiente*, ese tipo de cosas. Pero también impartía cada primavera un curso sobre periodismo.

Uno de mis encargos favoritos y que más me gustaba pedir a mis alumnos consistía en poner en práctica lo que James Agee dio en llamar «la arqueología de lo corriente». En *Elogiemos ahora a hombres famosos*, Agee escribe lo siguiente sobre los pantalones de peto que vestían los aparceros en la época de la gran depresión: «No vi par alguno que no mostrase en cierto grado un mundo propio de exquisitez». Allí donde le llevaban sus viajes por Alabama, Agee hallaba mundos de exquisitez, e hizo por las vidas materiales de los aparceros lo que Thoreau hiciera por Walden Pond o Melville por la pesca de ballenas. Si, como Agee, mis alumnos

podían aprender a estudiar una cosa —cualquier cosa concreta— «durante un tiempo casi ilimitado», como Agee recomendaba, quizás ellos también podrían empezar a percibir «el cruel resplandor de lo que es» en lugar del tenue brillo de lo que no es. O en ello tenía puestas mis esperanzas.

Un año un estudiante decidió escribir sobre una respetable marca de betún para zapatos, con lo que descubrió el mundo ya extinto de los muchachos limpiabotas de Nueva York, que en la mayor parte de los casos no eran muchachos en absoluto. Otro optó por escribir sobre un cocodrilo disecado. Otra, acerca de un brazalete de la suerte que le había regalado su madre. Otro, sobre una pelota de béisbol que había atrapado en el estadio de los Yankees. Este último se dedicó a examinar su objeto de estudio con tal rigor que llegó a diseccionarlo por la mitad con una sierra. Y un alumno, un chaval miope y rechoncho que se había autoadjudicado el apodo de Big Poppa, decidió escribir sobre el patito de goma que llevaba siempre en el bolsillo para que le diera buena suerte. *Luck Duck*, lo llamaba. Era su amuleto, su talismán, su tótem, su fetiche.

Yo mismo era un esforzado arqueólogo de lo corriente a tiempo parcial. Como el profesor Indiana Jones —o eso me gustaba pensar a veces— vivía una doble vida. Durante los veranos, una vez terminadas las clases, me enfundaba la cazadora verde oliva con el forro desgarrado y los bolsillos abombados, llenos de trocitos de tiza, me calzaba las botas de montaña, cogía mi cuaderno de notas y la grabadora y, por encargo de una revista, salía en pos de realidades exquisitas. Los mundos en los que solía buscar eran aquellos que se extendían a lo largo de las fronteras entre lo natural y lo fabricado por el hombre, entre lo civilizado y lo salvaje. Me gustaban esos territorios limítrofes, porque en ellos suelen crecer contradicciones y preguntas interesantes, del mismo modo que existen flores que brotan en un solar urbano abandonado. También me gustaban porque ya desde pequeño me había parecido más atractiva la historia natural que la naturaleza, con independencia de lo que fuese aquello. Nunca he escuchado el ulular de un búho ni he sentido el deseo imperioso de responder a su llamada salvaje, pero sí que me he visto muchas veces extasiado delante del diorama del American Museum of Natural History en el que unos lobos disecados, pese a estar sostenidos mediante alambres, parecen correr a través de la tundra de Alaska bajo una luna de luz negra mientras van dejando sus huellas en la nieve de escayola.

A Big Poppa, más que a la mayoría de los estudiantes del Quaker de Manhattan, colegio privado en el que yo enseñaba, le habría venido bien tener algo de suerte. Hijo de padres divorciados, se pasaba el tiempo yendo y viniendo del apartamento de su madre al estudio de su padre, dejando tras de sí una estela de deberes inacabados y libros olvidados. Su mochila era todo un experimento sobre el caos. Se pasaba la noche despierto jugando a videojuegos de deportes fantásticos en Internet cuando supuestamente debería estar estudiando. También le gustaba practicar deportes de verdad, sobre todo el béisbol, y tenía fama de ser un buen jugador defensivo, pero llegaba siempre tarde a los entrenamientos y su historial de asistencia era tan malo que a mitad de la temporada de béisbol, en la primavera de su último curso, tuvo que ser relegado al banquillo por política de la escuela. La mayoría de sus compañeros de clase eran seguidores de los Yankees, mientras que Big Poppa apoyaba con ardor y de manera incondicional a sus eternos rivales y perdedores, los Mets, con cuya estética solía vestirse de manera habitual.

Era el payaso de la clase, pero en su versión masoquista más que sádica. Le gustaba divertir a sus compañeros a costa de él mismo, por ejemplo, un día les anunció que a partir de ese momento quería que lo llamasen Big Poppa (una referencia autodespectiva a su aspecto de bebé rechoncho, algo que era para él motivo de vergüenza, pero también en alusión al rapero Notorious B.I.G, alias *Biggie Smalls*, alias *Big Poppa*); o por decir algo más su apoyo vehemente a los Mets. Algunas veces llegaba tarde a clase ya vestido con su uniforme de béisbol (las botas de tacos, las mallas rojas y las medias blancas), sorteando pelotas imaginarias y bateando lanzamientos imaginarios mientras cruzaba el aula, antes de dejarse caer en una silla, mirar a sus sonrientes compañeros de clase y preguntarle, con un encogimiento inquisitivo de hombros: «¿Qué?». Una vez le pidió permiso al profesor de francés para irse a casa porque estaba enfermo por haber comido «un *knish** malo». Y eso pasó a convertirse en una broma interna. «¿Qué pasa?», le solían preguntar sus amigos. «¿Un *knish* malo?».

Asimismo podía ponerse emotivo hasta un extremo patético. Se preocupaba sobremanera por los cascos de ciclista y por los profe-

* [N. del T.]: Comida típica de los judíos del este de Europa. Buñuelo de carne o verduras frito u horneado.

sores que iban en bicicleta a la escuela sin ponérselos. Le afectaba la degradación del medio ambiente, a veces hasta el punto de echarse a llorar. En una ocasión, cuando otra de mis alumnas tiró una botella de agua a la papelera, Big Poppa montó un gran revuelo, la rescató y, bajo la mirada extrañada de su ex propietaria, la depositó en un contenedor de reciclaje destinado sólo a papel y cartón.

Soñaba con llegar a ser algún día periodista deportivo y yo, como asesor del profesorado para el periódico de los alumnos, lo insté a perseguir su sueño. Le di ánimos porque era capaz de darle gracia a una frase, porque en todo lo que tenía que ver con el béisbol sabía lo suyo y porque me solidarizaba con él (también yo había sido un hijo de divorciados rechoncho, miope y de desarrollo tardío), pero también porque Big Poppa era encantador, brillante y amable... sólo algo desnortado, algo infantil, algo perdido. Pese a tener ya edad de empuñar un fusil si viviese en Afganistán o en Irak, lo que llevaba era un patito de goma de la suerte en el bolsillo. Aquel mismo año, unos meses antes, durante una batalla de bolas de nieve en el jardín trasero de un compañero de clase, sus gafas habían desaparecido entre la nieve. No era la primera vez que las perdía. Temeroso de pedir a sus padres que le comprasen unas nuevas, decidió esperar a que se derritiese la nieve y que las lentes salieran a la superficie, lo que al final sucedió. Mientras tanto se pasó tres semanas trastabillando por los pasillos, con un rictus constante en la cara por ir con los ojos entrecerrados. También perdió su pato de la suerte durante un tiempo y esa pérdida le produjo lo que parecía ser una verdadera angustia.

Al documentarse para su trabajo de clase Big Poppa se tropezó con la noticia en un periódico, quizás la misma que había caído en manos de Eric Carle. En un párrafo dedicado a enumerar curiosidades acerca de los patos de goma incluyó un resumen en cuatro frases: el vertido del contenedor, los oceanógrafos de Seattle y el viaje a través del Ártico. Se esperaba que los juguetes alcanzasen las costas de Nueva Inglaterra para el verano de 2003. Estábamos en la primavera de 2005. ¿Lo habrían logrado? Big Poppa no lo decía en su trabajo. Tampoco hacía mención alguna a castores, tortugas o ranas.

Era ya pasada la medianoche cuando terminé de corregir su trabajo y, dado que soy proclive a fantasear en horas nocturnas, me quedé sentado un rato en mi despacho pensando en aquellos patos. Traté

de imaginarme su viaje desde el principio hasta el final. Visualicé el contenedor cayendo al mar —¡chof!—. Imaginé a los patos flotando como píxeles amarillos en aquella vasta extensión de agua gris, o deslizándose cuesta abajo por las laderas de aquellas montañas de olas de quince metros, o siguiendo las costas del Ártico sobre témpanos de hielo. Me puse a fantasear con la idea de que estaba en una playa, en algún lugar de Terranova o Maine —sitios a los que nunca había ido ni dedicado demasiada atención—. Me imaginé que miraba hacia el mar y divisaba mil pequeñas cabezas amarillas que asentían, y podía observar los triángulos blancos que brillaban en sus ojos dibujados y sus sonrisas insulsas moldeadas en la goma naranja de sus picos bobalicones. Me imaginé una armada de patos cabeceantes tan enorme que llegaba hasta el horizonte y es posible que más allá. Los visualicé siendo arrastrados hasta la orilla, desparramándose por la arena como una marea amarilla.

Aquella noche, mientras me aseaba antes de acostarme, me fijé en los patos de goma que teníamos puestos en la estantería del baño. Llevaban años allí posados, entre un tarro de bolas de algodón y un frasco de limpiador facial: dos patos amarillos de la variedad clásica y un pato rojo con cuernos. No logré recordar cuándo o por qué los habíamos comprado. Cogí uno de los amarillos y lo estrujé. Con un siseo soltó aire por un orificio abdominal. «¡Cuac!», dije, y lo devolví a su estante.

Al día siguiente en el trabajo me fijé como por vez primera en la variedad de patos amarillos que una compañera tenía puestos en fila, por orden de tamaño, sobre su escritorio. «Regalos de alumnos», me explicó cuando le pregunté al respecto. Empecé a verlos por todas partes. A lo largo de una sola tarde me tropecé con un gran pato de goma de neón que brillaba en el escaparate de una tienda Old Navy y con una pareja de patos, madre e hijo, que flotaban en el margen de un folleto sobre vacunaciones que nos había enviado nuestra compañía de seguros sanitarios. Mi mujer y yo estábamos esa primavera, como suele decirse, «en estado», y el proveedor de regalos que habíamos escogido para la fiesta de bienvenida de nuestro bebé parecía ser el epicentro de aquella plaga aviar: en el propio toldo azul de la tienda nadaba otro pato, con un chupete flotando a su lado como un corcho de pesca. Además de los propios patos de goma, la tienda vendía toallas y sudaderas amarillas con capuchas naranjas que tenían forma de pico de pato, botas de goma amarillas con picos en la puntera, pijamas amarillos con

patas palmeadas. Destacaba allí el Diaper Duck, un dispensador con forma de pato para bolsas de basura herméticas, así como multitud de complementos más —cepillos, jaboneras, etcétera— que incorporaban la imagen y el color de los patos.

Detecté variedades exóticas en otros sitios, como en droguerías, en catálogos y en los cuartos de baño de los amigos, muchas veces con mutaciones irónicas: mamás pato con sus crías anidando en su espalda, patos negros, patos que centelleaban, patos con la cara de Moisés, de Alan Iverson o de Betty Boop, patos con gafas de sol, con largas pestañas, con lápiz de labios o vestidos de cuero negro, patos jugando al golf... Todo icono potente invita a la vez a la idolatría y a la iconoclastia, y en el bestiario infantil estadounidense no existe en la actualidad criatura más icónica que el pato de goma. Cuanto más pensaba en su imagen dorada y solemne, más se me antojaba una especie de dios animista... Pero ¿un dios de qué? ¿De la felicidad? ¿De la nostalgia? ¿De la inocencia nunca perdida?

EL MAPA

«Entonces», le pregunté al oceanógrafo retirado cuando lo llamé a su casa en Seattle, «¿alguno de los juguetes logró cruzar el Ártico?». Para entonces había leído todo lo que pude encontrar en la prensa sobre aquel increíble viaje. Hasta octubre de 2003, según los archivos que había consultado, no se había descubierto ni uno solo de los veintiocho mil ochocientos muñecos náufragos en las costas atlánticas, así que tampoco se había entregado ni un bono de aquella recompensa. Los cazarrecompensas playeros habían encontrado un montón de patos, pero ninguno de la especie correcta. A partir de octubre de 2003 las hemerotecas se sumieron en el más absoluto silencio.

Oh, sí, me aseguró Curtis Ebbesmeyer, sí, lo habían logrado. Justo según lo previsto, en el verano de 2003, recibió un informe de avistamiento sumamente fiable de una antropóloga de Maine, que después lo había publicado en su boletín de noticias trimestral *Beachcombers' Alert!* Prometió enviarme un ejemplar. Pero antes de colgar me puso delante de los ojos un señuelo tentador: si de verdad pretendía saber sobre objetos flotantes, debería acompañarlo a Sitka aquel mes de julio. «No puedes rastrear playas por teléfono», me dijo. «Tienes que plantarte allí y ponerte a buscar».

Desde el verano de 2001 Sitka acogía una feria anual de rastreadores de playas cuyo presidente —medio gurú, medio promotor— era Ebbesmeyer. Los rastreadores le llevaban cosas que habían rescatado de la arena y Ebbesmeyer, como si de un mentalista científico se tratase, arrojaba luz sobre estos hallazgos lo mejor que podía. «Todo tiene una historia detrás», le gustaba afirmar. Cuando un rastreador se presentaba ante Ebbesmeyer con algún resto flotante de procedencia misteriosa, él lo investigaba. En la feria de Sitka de aquel año un pescador de la zona llamado Larry Calvin iba a llevar a un selecto grupo de rastreadores a las playas salvajes de la isla de Kruzof, donde se habían encontrado algunos de los juguetes. Ebbesmeyer, que iba a dirigir la expedición, me ofreció un sitio a bordo del barco de Calvin, el *Morning Mist*.

Alaska: montañas de cumbres nevadas, icebergs, ballenas chapoteando, playas salvajes cubiertas de patos amarillos. ¿Cómo podía negarme? Sólo había un problema. La feria de rastreadores terminaba el 24 de julio y Beth salía de cuentas el 1 de agosto, lo que era un poco justo. Le dije a Ebbesmeyer que lo volvería a llamar.

Poco después llegó un sobre con matasellos de Seattle. En su interior venía media docena de ejemplares, impresos en papel azul, del boletín *Beachcombers' Alert!* de Ebbesmeyer. Hojear aquel compendio variopinto y misterioso era un poco como andar al raque entre los restos de un naufragio. Junto a historias sobre pecios y mensajes metidos en botellas, el oceanógrafo mostraba una especie de álbum fotográfico de recortes de rarezas arrastradas por el mar, tanto naturales como de fabricación humana: corchos de pesca japoneses de corteza de abedul, la semilla con forma de corazón de un baobab, minas terrestres, televisores, un traje de buceador roto, una caja fuerte de ciento sesenta kilos. Muchos de aquellos artefactos habían acumulado colonias de percebes. Algunos tenían incrustada tal cantidad de ellos que parecían estar hechos de aquellas criaturas: una chalupa hundida hecha de percebes, un guante de hockey hecho de percebes.

Al final de un artículo titulado «¿Dónde están los juguetes?», Ebbesmeyer había publicado la carta de aquella antropóloga de Maine. Su nombre era Beth Hagens. «No te lo vas a creer», había escrito después de enterarse de lo de los muñecos náufragos en la NPR*, «pero hace dos semanas encontré uno de tus patos». De

* [N. del T.]: La antiguamente denominada National Public Radio, una red de emisoras privadas de radio de Estados Unidos.

hecho, Ebbesmeyer lo había creído, o quiso creerlo. No había conservado la prueba, por lo que, según escribió, no había «constancia científica ni prueba alguna. Pero ¡han llegado hasta aquí!». ¿Había pruebas o no las había? ¿Habían llegado o no? El artículo venía acompañado por un mapamundi donde se indicaba cuándo y dónde habían encontrado juguetes los rastreadores. A la altura de la costa de Kennebunkport, Ebbesmeyer había impreso un par de signos de interrogación del tamaño de los arrecifes de coral.

Bajé de lo alto de una estantería polvorienta nuestro *Atlas of the World*, un olvidado regalo de boda. Lo abrí por el Atlántico y encontré Kennebunkport. Después fui siguiendo el mapa con el dedo a través del golfo de Maine, rodeando Terranova y Labrador y —tras pasar a la página del Ártico— a través de la bahía de Baffin, en dirección oeste hasta superar el Polo, mientras iba pronunciando todo el tiempo aquellas sílabas que me eran tan poco familiares (Point Hope, Spitsbergen), como si los nombres de esos sitios pudieran conjurar visiones de sus costas. ¿A qué huele el aire del Ártico?, me pregunté. ¿Se puede oír el crepitar del hielo cuando avanza?

«La pérdida de la fantasía es el precio que hemos de pagar por la precisión», había leído una noche en un número atrasado del *Ocean Almanac*, «y hoy tenemos precisas cartas de navegación del mundo entero a escala 1:1.000.000». Tras examinar el paisaje colorido y sobredimensionado de mi atlas, una maravilla cartográfica compuesta —así rezaba su sobrecubierta— por fotografías de satélite en alta resolución y «sofisticados algoritmos informáticos», no me quedé demasiado convencido; no me daba la impresión de que la fantasía se hubiese extinguido, ni que estuviese remotamente en peligro. El océano era para los estadounidenses de mi generación mucho menos comprensible que en los tiempos en los que Melville exploró esa «inmensidad de aguas», hace un siglo y medio. La mayoría de nosotros estábamos más familiarizados con los mares de nubes vistos desde arriba que con las olas del mar. Lo que nuestros antepasados emigrantes tenían por vientos, nosotros ahora lo considerábamos turbulencias, y nos ajustábamos el cinturón de seguridad cuando se encendían los indicadores luminosos de color naranja. Galernas, vientos huracanados: cuando nos tropezamos con esos términos sólo logramos entender que hace un tiempo muy, muy malo, y reproducimos en nuestra mente aquellas secuencias llenas de efectos especiales de las películas de catástrofes o esas palmeras arrancadas de cuajo, como si fueran paraguas ba-

ratos, que todos hemos visto en los telediarios. Al hacerse más preciso el saber humano también se ha especializado más y se ha vuelto más imaginario: a diferencia de lo que le ocurría a mi hijo aún no nacido, los mares de mi consciencia rebosaban de imágenes, símbolos y datos a medio recordar tan fabulosos como aquellas bestias quiméricas que solían poblar los márgenes y las esquinas de los mapas antiguos. Ni siquiera las fotografías de satélite ni los algoritmos informáticos eran capaces de disipar aquellas nieblas que distorsionaban la información y la fantasía a través de las cuales llevaba navegando desde que nació.

No hace mucho, en la página de opinión de *The New York Times*, la novelista Julia Glass se mostraba preocupada de que sus compatriotas estadounidenses, «impacientes con la fantasía», hubiesen perdido la capacidad de dejarse llevar por la «aventura ilusoria» de la ficción y que prefiriesen la excitación sensacionalista de la «presunta verdad». Tal vez, concluía Glass, «existe el consenso cada vez más generalizado, por triste que parezca, de que el indómito reino de la invención corresponde sólo a nuestros hijos pequeños». Yo he llegado a conclusiones bien distintas. ¿No nos «animan» a nosotros los adultos, al igual que a los imaginativos preescolares a quienes tanto admira Glass, el gobierno, los publicistas y esos cuentistas de los noticieros de la televisión a «mezclar hechos con ficción»?

«Si los hombres observaran de forma individual y con firmeza las realidades, y no permitieran ser engañados, la vida, comparándola con las cosas que conocemos, sería semejante a un cuento de hadas». Eso escribió Thoreau, y yo estuve de acuerdo con él durante años. Por muy de acuerdo que estuviese, y a pesar de mis experimentos en la arqueología de lo común, me inclinaba sobre todo al mundo de las ilusiones, en el que me dejaba llevar, y no tanto a la observación metódica de las realidades. Si alguien me preguntaba de dónde procedía el plástico, me imaginaba fluidos fosforescentes burbujeando en tanques o recorriendo tubos de vidrio con forma de bucles caprichosos. Si alguien me hubiese preguntado cómo se fabricaban los patos de goma, me los podía haber imaginado a la perfección saliendo de una máquina gris —*chucu-chucu-chú*— por una cinta transportadora.

Al mirar la cara de mi hijo o hija flotando en la pantalla del ecógrafo no sentí esa clase de emociones que en teoría deben experimentar los futuros padres: alegría, vértigo, orgullo y demás. En

lugar de esto tuve la fatalista convicción de que el mundo o yo —y es probable que ambos— acabaríamos defraudando a aquel pequeño ser extraño y cabezón que se agitaba en sus grutas uterinas. Qué a salvo y recogidito parecía estar allí dentro. Qué pacíficamente ajeno a todo, sin dudas ni vanidades que borboteasen por su materia gris, sin cuñas publicitarias, sin personajes de franquicias ni hombres del saco, sin fantasías, sin siquiera sueños, al menos ninguno del tipo de los que vendrían a animar su vida interior después del parto. Parecía en cierto modo cruel ese acto ilusionista de encarnación, ese impulso de invocar a partir del propio ADN a una persona que no había tenido nada que ver en aquella decisión. Se me había dado la opción de escoger y había optado por ser padre. Ahora que ya estaba hecho, mi propia paternidad me parecía difícil de creer. Me resultaba tan difícil imaginarme ejerciendo de padre de alguien como verme dando la eucaristía o practicando una operación quirúrgica.

Para ser sincero no sólo era mi hijo nonato lo que me preocupaba. Durante todo el invierno había estado dándole vueltas a una cita de una de las cartas de Hawthorne. Me venía a la mente en momentos inesperados: durante las reuniones del profesorado, mientras regresaba a casa caminando con dificultad entre los perales sin fruto y los edificios de piedra de Greenwich Village o cuando pululaba por los pasillos llenos de cochecitos Bugaboo y juguetes Gymboree de la tienda BuyBuy Baby. Llevaba tiempo flotando a la deriva por mis mares interiores, como un mensaje en una botella, como una advertencia lanzada por la borda años atrás por un navegante en plena zozobra: «Cuando un hombre asume la responsabilidad de engendrar hijos», le escribió Nathaniel Hawthorne a Sophia Peabody, su prometida, en 1841, «pierde todo derecho a disfrutar de una vida propia».

En el hospital Beth no parecía compartir mis sombríos presentimientos. Echada a mi lado en la mesa de observaciones, contemplando embelesada la pantalla del ecógrafo mientras una enfermera antillana hosca le pasaba un transductor por su abultado abdomen, Beth no dejaba de darme suaves apretones con la mano, apretones que tenían el peculiar efecto de entristecerme aún más. ¿Por qué? Sin duda, la culpa tenía algo que ver en esto. El autodesprecio, tal vez. Tuve la impresión de que existía también una especie de claroscuro en el corazón humano por el que la luz que emanaba de la alegría ajena, en lugar de iluminarnos con su resplandor, nos hacía adentrarnos con mayor profundidad en las tinieblas.

Pasé con premura las páginas de mi atlas con la intención de encontrar el mapa del Pacífico norte y hallé las coordenadas —44,7° N - 178,1° E— del punto en el que, aquel día o aquella noche de enero de 1992, los muñecos se convirtieron en náufragos y señalé el sitio con un trocito de post-it amarillo. Qué calmado —qué verdaderamente pacífico— se veía aquel océano de forma vagamente triangular en la representación abstracta del cartógrafo. Qué transparentes sus aguas, como si alguien hubiese vaciado toda la cuenca marina y hubiese pintado su fondo montañoso en diversos tonos de azul piscina. Muy lejos de allí, hacia el este, flotando en su pedacito de tierra como un insecto sobre una hoja, estaba Sitka. Y mucho más allá, enorme como un continente, estaba China, donde con toda probabilidad alguien en alguna fábrica estaba en ese preciso momento trayendo al mundo nuevos patos de goma. Fue entonces, mientras estudiaba el mapa y trataba en vano de imaginar el periplo de los juguetes, cuando me vino a la mente la pregunta más fascinante que se me podía ocurrir: ¿Y si...?

¿Y si seguía la pista de los juguetes hasta donde me llevase desde aquella fábrica en China a través del Pacífico y hasta el Atlántico? No iba a poder hacerlo en un solo verano. Harían falta varios meses, quizás un año entero. Tal vez tendría que cogerme una excedencia, o dejar la enseñanza del todo. No estaba seguro de cómo llegar ni de si llegaría a todos los sitios que aparecían en mi mapa, pero quizás ésa era la cuestión. Los juguetes habían ido a la deriva. Yo iría también. Los vientos y las corrientes trazarían mi rumbo. La casualidad sería mi agencia de viajes. Como poco sería toda una experiencia, y las aventuras escasean en estos tiempos. Y si tenía suerte, aquel podría resultar un auténtico viaje de descubrimiento. Los europeos de la Edad Media dividían la vida humana en cinco etapas, la primera de las cuales se conocía como la edad de los juguetes. Me daba la impresión de que en Estados Unidos en el siglo XXI la edad de los juguetes nunca se había acabado. Sí, existen novelas y otro tipo de historias que pueden llevarnos a odiseas ilusorias, pero también pueden conducirnos a otras «desilusorias», y era ese tipo de viaje el que ansiaba emprender. No es que quisiera, como Cook, Amundsen, Vancouver, Bering y todos aquellos exploradores fallecidos, convertir la *terra incognita* en *terra cognita*, convertir el mundo en un mapa. Más bien al contrario: lo que yo quería era convertir un mapa en el mundo.